tros lectores pueden figurárselo tan bien como nosotros. Renée no tenia hacia mucho tiempo mas que una idea fija, en la que se resumian todas las demas.

Al saber que su cuñado deseaba hablarla sin tardanza, se sobresaltó, sus cejas se fruncieron y el estremecimiento de su nariz acusó una súbita emocion.

—¿Qué puede quererme?—preguntóse.

Durante breves segundos buscó sin encontrar la clave de este enigma, y haciendo un ademan que significaba claramente *suceda lo que quiera*, se encaminó resueltamente al castillo, dirigiéndose á la habitacion del conde de Gordes.

XXIV

Al franquear Renée el dintel de la habitacion del conde, hallábase algo mas pálida que de ordinario, aunque resuelta y completamente dueña de sí misma.

La presencia del doctor al lado de Raoul le

causó una sorpresa mezclada de desconfianza, que supo ocultar con maravillosa sangre fria.

Saludó con una ligera inclinacion de cabeza á Máximo, á quien trataba siempre con desden, y dirigiéndose al señor de Gordes, le dijo tendiéndole la mano:

—Buenos dias, hermano mio; acaban de decirme que deseais verme, y he supuesto naturalmente que cuando me mandabais llamar en lugar de venir á buscarme, se trata de algo importante y muy urgente, por lo que me he apresurado á venir.

Necesario le fué á Raoul una fuerza de voluntad poco comun para no dejar traslucir la revolucion que se operó en todo su sér al acercársele su hermana. Alteráronse los músculos de su rostro. Un fuego sombrio iluminó sus pupilas, que sus párpados inclinados velaron en seguida; respiraron sus facciones su habitual expresion de profunda melancolia, y su mano helada tocó la de la jóven.

—Gracias, hermana mia—repuso con acento que una súbita ronquera hacia apenas perceptible,—trátase, con efecto, de una cosa muy grave que necesitais conocer al momento. Pero decidme; ¿estais mala, no es verdad?

—¿Por qué me lo preguntais?—murmuró Renée.

—Vuestras mejillas tienen la palidez del

mármol, teneis ojeras y desfigurado el rostro; señales todas que, por desgracia, no engañan.

—Pues os engañan, por lo menos hoy. Estoy rendida de cansancio, pero no enferma.

—Hermana mia—respondió el señor de Gordes,—sois víctima del exceso de desvelos. El cargo de enfermera que os habeis impuesto con tan gran valor, supera con mucho á vuestras fuerzas.....

Renée dirigió á su hermano una mirada de desconfianza. Parecióle que las últimas palabras que habia oído fueron pronunciadas con un acento extraño; pero creyó que se equivocaba, y que solo la inflexion de la voz era la única causa de tan singular entonacion.

—¿Qué significa eso de abnegacion y de valor?—replicó.—Esas son palabras que parecen revelar virtudes que no tengo. La ternura es tan solo la que inspira mi conducta. Amo á Juana hasta morir por ella, y no contraigo ningun mérito consagrándola mi vida. Pero basta ya de ocuparnos de mí. ¿De qué quereis hablarme?

—De Juana.

—Me lo figuraba. ¿Qué teneis que decirme de esa pobrecita?

—Habreis observado, sin duda, como el doctor y como yo—repuso Raoul—que si desde hace dos dias no hay mejoria positiva en el es-

tado de vuestra querida hermana, no hay tampoco mas gravedad. El mal se ha hecho estacionario y parece encauzado. Poca cosa es, y sin embargo es mucho.

—Tambien he hecho yo la misma observacion—replicó Renée,—y á pesar de todo no me atrevo á esperar.....

—¿Por qué? La esperanza es un bien supremo.

—Seguramente; pero si ésta no fuese mas que una tregua, si el mal recobrase su curso, ¡cuan profunda amargura vendria á reemplazar á la esperanza perdida! ¿Lo habeis pensado bien, hermano mio?

A Raoul se le concluían las fuerzas.

En lugar de responder, escondió el rostro entre sus manos.

Máximo habló en su lugar.

—Para evitar, Dios mediante, la inmensa decepcion de que tambien hablais, hemos resuelto, señorita, ó mejor dicho ha resuelto el señor conde, concediéndome una confianza que no merezco, intentar un último esfuerzo que le he propuesto.

—¿Y en qué consiste?—preguntó Renée en tono de marcada ironia.

—Estoy persuadido—contestó Máximo,—que en el estado casi desesperado en que se halla la señora condesa, es muy nocivo para ella

el aire de este país, sobre todo aproximándose el invierno, por lo que me parece indispensable un cambio de clima.

—Olvidais sin duda, doctor, que el cambio de clima es imposible—replicó la jóven con amargura.

—¿Quién dice eso?—replicó Máximo.

—¿Pensais por ventura, hacer mudar de residencia á Juana?

—Sí, señorita, pienso en ello.

—¡Pero esto es una locura!—exclamó Renée. —¿Como la pobre niña, cuya debilidad es tan grande que se desmaya al llevarla de una cama á otra, habia de soportar semejante viaje? Antes de que pudiera recorrer veinte leguas habria muerto.

—Permitidme que no participe de vuestros temores, señorita. A la edad de la señora condesa, la naturaleza ofrece poderosos recursos. Existen ademas medios de prestar momentáneamente fuerzas ficticias al cuerpo exhausto, y me valdré de estos médios. En el extremo á que hemos llegado es menester jugar el todo por el todo con una audacia que, á no ser por esto, degeneraria en imprudencia. Allí donde se vea un solo gérmen de esperanza, es indispensable aprovecharlo, por débil y vaga que esta sea.

—¿Luego os llevais á mi hermana?—dijo bruscamente Renée.

—Sí, señorita.

—¿A donde?

—A Niza.

—¿Cuando?

—Mañana.

—Está bien. No os detendré, haré mis preparativos de viaje antes que vosotros.

El señor de Gordes levantó la cabeza.

—No prepareis nada, hermana mia—repuso con la misma voz enronquecida.—Excepto el doctor y yo, nadie acompañará á la condesa...

La fisonomia de Renée se descompuso de un modo espantoso, mientras que dirigia á Raoul una mirada enfurecida.

—Creo que he entendido mal; ¿pero no quereis decir que os marchais sin mí?

—Perdonad—replicó el señor de Gordes,—pero es precisamente lo que he querido decir.

—¿Pensais en separarme de Juana?

—Es preciso.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo para merecer este ultraje? ¿No me he consagrado á mi hermana noche y dia, sin tregua ni descanso, desde el principio de su enfermedad? ¿Quién hubiera hecho mas que yo?

—Nadie habria hecho lo que vos—respondió el conde.—Lo sé, y por eso precisamente

no quiero llevaros conmigo.... Si Dios ha dispuesto herirme sin piedad, si la tentativa que voy á ensayar fuera inútil.... si está escrito que mi querida Juana muera.... basta que haya un luto en la familia. Vuestro padre os ha confiado á mi ternura fraternal, me ha hecho responsable de vuestra vida.... y el cansancio os mata; creo hace mucho tiempo lo habeis dicho. Comprendo que vuestras fuerzas concluyen. Algunos dias mas de esta existencia imposible, bastarian para destruir la energia que os resta, hasta que, cansada y rendida, os pondríais mala tambien.... así que os declaro que esto no sucederá.

—Os lo suplico, hermano mio.

—No me supliqueis; sería completamente inútil.

—Me arrojaré á vuestros piés si es preciso.

—Sería en vano, mi resolucion es irrevocable, y ya os he dicho por qué.

—¿Habeis pensado en lo que sufriré lejos de mi querida Juana? Me moriré de inquietud y de tristeza.

—Nadie se muere de tristeza, pero si de cansancio.

—¿Qué vá á ser de mí quedándome sola?

—No os quedareis sola. Voy á mandar un propio á Lazarine.... Vendrá mañana á buscaros, al despedirse de Juana, y os quedareis

con ella ó ireis á reuniros con vuestro padre á Paris; por lo tanto, no temais el aislamiento.

Renée oprimió el pañuelo contra sus ojos, de los que salian relámpagos en vez de lágrimas.

—Sea—dijo,—cumpliré vuestro capricho puesto que vos mandais y es preciso obedecer; mas al separarme de mi hermana me causais una desesperacion inmensa.... ¡Oh! Raoul, Raoul, no os hubiera creido capaz de tan inútil crueldad—dijo la jóven, que prorrumpió en sollozos.

El doctor esperó algunos segundos para dar lugar á que pasase esta crísis, y en seguida repuso:

—Por dolorosa que sea una separacion, que la extrema debilidad de vuestro estado hace precisa (y en este punto soy de la misma opinion que el señor conde de Gordes), no rehusareis, señorita, el prestar vuestros solícitos cuidados á nuestra querida enferma hasta el momento de su marcha.... Cuento con ello, con tanta mas razon cuanto que hoy necesito de vuestro concurso.....

Renée apartó el pañuelo que cubria sus ojos enjutos, y miró fijamente á Máximo.

Este último prosiguió:

—Me voy á las doce á Rancey para abrazar á mi madre, á quien sin duda ya no veré hasta dentro de algun tiempo.... No volveré hasta

esta noche muy tarde.... Antes de marchar prepararé una bebida fortificante, con cuya virtud cuento. La señora de Gordes beberá la mitad á mi presencia, y os ruego, señorita, que le deis el resto á las tres en punto.

Renée inclinó la cabeza para ocultar la sombria llama que destellaban sus ojos, y dijo con voz que quiso hacer aparecer firme, aunque temblaba algun tanto:

—Haceis bien en contar conmigo, señor Máximo; cumpliré mi encargo hasta el fin. ¿Habeis dicho que á las tres?

—A las tres en punto, señorita.

—Será puntual. ¿Donde estará la bebida?

—En el laboratorio.

—Está bien; ¿teneis algun otro encargo que hacerme?

—Uno solo, y es que no digais á vuestra hermana una sola palabra referente á su viaje.

—¿Es decir que lo ignora?

—¿Como habia de saberlo si aún no hace una hora que lo hemos resuelto el señor conde y yo? Creo por tanto prudente, para evitar á la condesa toda clase de agitacion moral, no decirla nada hasta el momento de partir.

—Tranquilizaos, doctor, no hablaré.

El ayuda de cámara puso término á la conversacion anunciando el almuerzo.

Terminado éste, Máximo preparó una medicina, que dividió en dos partes iguales, haciendo beber á Juana una. En seguida subió al carruaje que lo habia conducido la víspera á Orleans, y los caballos partieron al galope.

Cuando el coche llegó á un punto en que ya no podia vérsele desde el castillo, el cochero detuvo los caballos.

Máximo se apeó y volvió furtivamente al parque, mientras que el carruaje emprendia de nuevo su rápida marcha con direccion á Hojas-Verdes.

XXV

La víspera de éste dia, al abandonar el castillo de Gordes para regresar al de la Tour du Roy, Lazarine se hallaba completamente decidida á no hacer aquella noche su primera visita á la casa Bréchu.

A cosa de las nueve entró en su cuarto. Se ocupó aunque muy poco de su hijo, despidió la nodriza, llamó á la doncella, á quien tambien mandó retirar despues de desnudarse, y po-